

"No se puede estar cerca del poder"

VIRGINIA VIDAL

La reciente publicación de una antología de poesía chilena en París, por Saúl Yurkievich, incluye los nombres de Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn y Elvira Hernández con **La bandera de Chile**. Este poema de tremenda fuerza, escrito en 1981, circuló en edición mimeografiada y su primera edición salió en Tierra Firme, Buenos Aires, 1991. Ante el acontecimiento, decidimos averiguar más sobre la poetisa cuya apariencia y lenguaje contrastan siglo, delicadeza y un brío digno de Quevedo. El poema comienza con lo siguiente: "No se dedica a uno/ la bandera de Chile/ se entrega a cualquiera/ que la sepa tomar".

—¿Por qué María Teresa Adriasola escogió el seudónimo?

—Tal vez Elvira por lo arcaico.

—¿Como la hija del Cid o como la de Talagante, casada con el carpintero de Pedro de Valdivia, Bartolomé Flores?

—El Hernández lo adopté de una familia en cuyo hogar guardaba la tenida para cambiarme el uniforme escolar e irme de cimarra. Fui muy andariega, me escapaba de mi casa, faltaba a clases. Hasta fui a Valparaíso. Los Hernández me adoptaron oficialmente como hermana, hasta con una torta. Aunque dejamos de vernos, me sentí integrante de esa familia muy particular. Siento que este seudónimo opera no como un nombre sino como un heterónimo. Sólo es el nombre para la poesía, el otro lo uso para narrativa y ensayos... Son muchos los móviles inconscientes que influyen al adoptar un nombre. No es una la que escribe, sino que es adoptada por ese nombre. Con esto, eres médium, esclava de la poesía, no puedes levantar cabeza.

—¿Fue feliz su infancia?

—Nací en Lebu, pueblo minero. Estudié las preparatorias en Chillán, donde me tocoó ver cosas muy fuertes. Como empecé a salir desde muy chica y a escuchar historias, sentí que debía habitar un mundo enorme y, en vez de darme miedo, me sentía acojonada. Escondía el bolsón y me iba a un conventillo, donde una mamá que me había criado. Tenía un perrito. Conversaba con ella y jugaba con él. Un día me paré donde unos obreros de una construcción. Reposaban en la hierba, luego de almorzar. Pasó una avioneta. Uno preguntó: ¿quién irá ahí? Y otro dijo: Si es el Canela, ¡que se vaya a pique! Todas esas frases sueltas, esos detalles, me producían un gran desasosiego. Se me ocurrió seguir ballet. Un día, llegué más temprano y sentí unos sollozos terribles. Mi profesora me dijo: Me vine más temprano



"Tengo muy claro que el poeta no puede ser parte del sistema. No se puede estar cerca del poder sin contaminarse. Siento que estamos en el nivel de los parias, sin embargo tenemos un acceso al poder. Me sorprenden las invitaciones alcaldicias o del cuerpo diplomático a los poetas."

para llorar. Y me contó una historia de amor desgarradora. Caí en el insomnio. A los diez años conocí al Chacal de Nahuelto, en la comisaría de Chillán, donde, por detrás, yo levantaba unas tablas y me colaba al patio. Un día me dijo: "ven, niña, vamos a sacarnos una fotografía con este hombre". Y nos tomaron una foto a los tres, mientras la gente de afuera estaba reunida, con ganas de matarlo. Esa foto ha de estar en algún archivo de la comisaría... Tengo el recuerdo de un hombre terriblemente desvalido; no me parecía malo. Me daba lástima. Tenía un pochito encima. Después, vi el retrato cuando pidió el indulto: se veía otro hombre... Cosas como esa, me dejaban insomne por largo tiempo. Viví ese insomnio durante la infancia y la adolescencia y se prolongó buena parte de la vida. De la comisaría, recuerdo los calabozos, los



diálogos de los presos. Mentiría si dijera que oí palabras obscenas. Se me grabó un lenguaje popular tan rico, con tantas maneras de decir. Caían por ebriedad, la mayoría. La gente se interrogaba. Se lamentaba. Siempre dolidos. Una vez gente

que llegaba a pedir auxilio, mujeres chorreando sangre, prostitutas, una humanidad doliente. Veía no delincuentes, sino víctimas. Esto no significa que no sea partidaria del castigo. Pienso que hay responsabilidades y a mayor conocimiento de causa, debiera haber mayor rigor en las penas.

—¿Muchos conflictos existenciales?

—No estaba conforme con lo que acontecía a mi alrededor. Sin pretenderlo, recibía confidencias de muchos adultos sufrientes. Entonces, comencé a preguntarme: si Dios vela por sus criaturas ¿cómo se manifiesta? Esperaba milagros todos los días. Y no ocurrían los milagros. Yo buscaba desesperadamente a Dios. Un día, en un momento de locura, me dije: ahora, Dios me tiene que dar una prueba de su existencia para creer. Me fui a la iglesia de las Carmelitas. Estaba cerrado, pero había un candado abierto a un costado, donde estaban refaccionando. Una gruta con la Virgen. Ya era de noche. Oigo un ruido, una respiración profunda. Siento miedo y a la vez curiosidad. Pasa un auto y el foco ilumina a una pareja que está amándose... Desde ese momento, dejé de buscar a Dios.

—¿Y la juventud?

—Después, cuando entré a Filosofía, pensé que debiera haber una racionalidad que condujera todo esto, tan sin pies ni cabeza. El año 1969 corresponde a un período apasionante. No había lugar para la reflexión. Rápidamente pasé a la acción: "Hay que transformar el mundo". Y un día que subíamos en unos buses para ir a La Moneda, me encontré con Ariel Dorfman. No nos conocíamos, pero me dijo: "Echa dos libros a tu bolso, porque vas a tener mucho tiempo"... Me molestaba mucho que en los mítines se hiciera vida social y nadie escuchara los discursos. La reflexión política tampoco era relevante. Sólo había tareas. Quise tener una vida mundana y, en el momento de salir, me devolvía, me encerraba a escribir y no iba a la fiesta. Trabajé en deliberadas imitaciones de los clásicos. Quería saber cómo iba a formular mi propio trabajo. Después, la literatura tenía demandas que no se cumplían, tan simples como la libertad de expresión. Poco antes de ser detenida, ya circulaba mi primer trabajo, **Meditaciones físicas para un hombre que se fue**, aún inédito. Tuve fortaleza cuando estuve detenida, pero me derrumbé al llegar a casa. Alguien había advertido a mis familiares que me revisaran todo y ¡todo me lo quemaron! Me puse a llorar. Algo reconstituí más tarde.

—¿Por qué la "maleta cargada de nada"? ¿Por qué conmemorar diez años de nada, con motivo de la publicación del primer libro?

—Nada es el lugar donde uno puede empaparse de algo. Equivale a tocar fondo. El punto donde sólo una trae su código genérico para empezar de cero a crear. La nada es potenciadora. Es empezar a nacer. Es lo que sale del no ser todavía. Bueno. Un día, voy con **La bandera de Chile** donde Jorge Guzmán, mi profesor. Me dice: Mire, soy muy crítico. Más tarde, me lo entregó advirtiéndome: Este es un buen libro, pero por favor no lo publique con su nombre, porque, de nuevo, la van a meter presa... Ahí, ya adopté el Elvira Hernández. ¿O me adoptó? En 1988, salí de Chile a ver a mi hermano exiliado. Sufrí un gran desaliento. Se imponía una tendencia a hacer las cosas por detrás: negociaciones, pactos y, a la vez, se ahogaba la discusión. Ahora, creía que ya habíamos vivido la peor etapa de la corriente camaleónica. Todo se difumina. Se borran fronteras. Los jugadores de fútbol están en el mismo nivel de los dignatarios. Tengo muy claro que el poeta no puede ser parte del sistema. No se puede estar cerca del poder sin contaminarse. Siento que estamos en el nivel de los parias, sin embargo tenemos un acceso al poder. Me sorprenden las invitaciones alcaldicias o del cuerpo diplomático a los poetas o las alusiones oficiales a los poetas, a los héroes y a los mártires. Sospecho también de la postulación oficial de Nicanor Parra para el Nobel, pero ¿qué se hace para que su obra llegue a todo el pueblo?

Los siguientes son sus trabajos publicados: **Jarrel Halloy** [Arrel salió en 1986. **Meditaciones físicas para un hombre que se fue** (1987) nos llegó dentro de un sobre de papel manila, con cuatro tarjetas a las que se les puede aplicar la ley de la reversibilidad pero que, por sobre toda tentación de solaz en el análisis formal, golpea la conciencia, exige pensar y no da respiro. Luego salieron: **Carta de viaje** (1989), **El orden de los días** (Museo Rayo, Colombia; 1991). Con **Santiago Wara** (1992, segunda edición en 1996), va de la A a la Z en la peregrinación por la wara — "ciudad" en lengua mapundungun— con algo de inevitable guarda para todas las desolaciones, burias, entuertos y desencantos. Al respecto, Elvira Hernández dice:

"No tengo obra, tengo trabajos. Obra es la vinculación directa entre tu trabajo y tu sociedad; reconocida relación recíproca, con crítica de por medio: muchos estratos que están actuando. En el momento en que el poeta pasa a ser parte de nuestra riqueza, ya tiene obra y ya no lo pueden dominar. El que uno tenga una buena crítica, no convierte eso en obra. Juan Luis Martínez, en el momento en que escribe, se plantea el enmudecimiento de su poesía. Parto del hecho de que Chile tiene grandes voces, pero ya las voces cesan y viene el reinado de la escritura, que es otra lengua. Juan Luis se sitúa en ésta como adelantado con **La nueva novela**. Después de esto, ¿qué se puede escribir?"